

Sabina Sebasti
Artista Visual, Doutora
em Educação pelo
Programa de Pós-
Graduação em Educação,
UFPEL, com bolsa
CAPES, mestre em Artes
Visuais pelo Programa
de Pós-graduação
em Artes Visuais,
UFPEL, com graduação
em Licenciatura em
Artes Plásticas y
Visuales, Faculdade
de Artes, UDELAR,
Uruguay, revalidada na
Universidade Federal de
Pelotas como Bacharela
em Artes Visuais.
Professora na Faculdade
de Artes da Universidade
da República (UDELAR),
Uruguai (2001 - 2007) no
projeto Criação de um
Sistema de Educação
Artística (UDELAR-
ANEP). Professora no
curso Bacharelado em
Produção e Política
Cultural da UNIPAMPA
(2017 - 2019). Professora
de Artes Visuais na
Faculdade de Arte,
UDELAR. [https://orcid.
org/0000-0002-8819-
6727](https://orcid.org/0000-0002-8819-6727), [sabinasebasti@
gmail.com](mailto:sabinasebasti@gmail.com)

El vuelo del águila: una fábula poética sobre las memorias de la opresión

*The eagle's flight:
A poetic fable about
the memories of oppression*

Resumen: Hay una casona abandonada en Montevideo, encima de cuyo pórtico se destaca la estatua de un águila. Los vecinos aseguran haber escuchado y visto eventos inexplicables, gritos y vuelos. Se dice que, durante la dictadura militar, dicha casona fue utilizada para detenciones y torturas. Pero aún hoy los muertos continúan gritando... Este texto es un manifiesto artístico a favor de las ruinas y de las casas embrujadas. Una proclama poética para preservar el enigma.

Palabras clave: Casa embrujada; Fábula; Artes visuales; Totalitarismos.

Abstract: *There is an abandoned house in Montevideo, on top of its porch stands the statue of an eagle. The neighbors claim to have heard and seen inexplicable events, screams and flights. It is said that, during the military dictatorship, the house was used for detention and torture. But even today the dead continue to scream... This text is an artistic manifesto in favor of the ruins and haunted houses. A poetic proclamation to preserve the enigma, mostrando las interacciones y ampliación de la red de investigadores, contribuyendo para la consolidación de la línea de investigación en arte y género.*

Keywords: *Haunted house; Fable; Visual arts; Totalitarianisms*

En un tranquilo barrio de Montevideo, llamado Flor de Maroñas, resiste erguida una vieja casona, cuya suntuosa arquitectura contrasta con las modestas construcciones de la vecindad. En medio de casas austeras, repartidas en predios discretos, regulares, que recuerdan a cualquier típico barrio obrero de la ciudad, se impone esta construcción antigua, enorme, soberbia y de un aspecto tan sombrío como las historias que la describen. Dicha casona, en visible estado de deterioro tras décadas de abandono, se conoce como la Casa del Águila (Figura 1), pues en lo alto de su prominente y ornamentada fachada se destaca el monumento de un águila de piedra con sus alas extendidas.



Figura 1. La Casa del Águila, fotografía, junio de 2021. Autor: Pablo Cuadro. Disponible en: <https://maps.app.goo.gl/zLrfty3oXsTYwFEC6>. Acceso en: 10 mar. 2024.

Los habitantes de la zona cuentan que la casa del águila existió desde siempre, desde antes que el barrio fuese edificado. Narra el escritor uruguayo Néstor Ganduglia (2016, p. 146) que “no debe haber un sólo vecino o vecina, en varias manzanas, que no tenga algo que

decir sobre esta casa”; y si es posible hablar de casas embrujadas, se está aquí, sin dudas, frente a una, pues no faltan todo tipo de relatos fantasmales que decoran la atmósfera de asombro y espanto que sus muros degradados irradian.

De todos los cuentos fantásticos que la tradición oral del barrio ha sabido conservar, vale la pena describir uno en particular, narrado en el libro *Historias de Montevideo Mágico* de Ganduglia (2016). Parece que era habitual, especialmente en las noches de tormenta, que, en la Seccional Policial de la zona, se atendieran todo tipo de denuncias del vecindario, alegando que se escuchaban ruidos extraños, chillidos, golpes, gritos, aleteos... provenientes de aquel viejo y monumental caserón. “En una de aquellas noches [...] las denuncias fueron tantas que el comisario no tuvo otro remedio que enviar dos agentes” (Ganduglia, 2016, p. 147). Dos policías de turno entraron aquella noche al parque que rodeaba la casa, cuyos ventanales, iluminados de a rachas por los relámpagos que anunciaban la tempestad, la hacían aparecer más amenazadora que nunca. Supervisaron los alrededores de la casona abandonada, pero a pesar del susto no encontraron nada. Estaba vacía. Pensaron que seguramente había sido algún animal o travesuras de adolescentes. Estaban dispuestos a retirarse ya encaminados hacia el portón, cuando un fuerte estruendo a sus espaldas hizo que se detuvieran, paralizados. Iluminaron las paredes de la casona con sus linternas, tratando de identificar algún posible desmoronamiento. “Cuando alumbraron hacia el techo de la casa, se les abrió la boca de asombro. Era una escultura representando un águila con las alas desplegadas y el pico abierto, como en actitud de ataque” (Ganduglia, 2016, p. 148). En esos momentos, según cuentan, el águila de piedra se desprendió lentamente de la cornisa de la fachada y se derrumbó, partiéndose en pedazos al estrellarse contra el

piso. Los dos policías calcularon que había sido por causa del viento que soplabla fuerte aquella noche. De regreso en la comisaría se ocuparon en redactar el parte policial dando cuenta con detalle de lo acontecido. Al día siguiente, luego de leer el informe, el comisario ordena que ambos policías fuesen arrestados, castigados de rigor. Pensó que habían estado bebiendo durante el servicio. Pues, para sorpresa de todos, el águila de piedra brillaba intacta bajo el sol de la mañana siguiente, con sus alas extendidas en el techo de la casa, como siempre, como hasta hoy.

No fue esa la única ocasión en que el monumento del águila causó perturbación. Otros juran haberla visto volar. Los vecinos de la zona cuentan que esa águila maldita los tiene estremecidos desde el año 1971. Por cierto, un año clave en la historia del país, un año de elecciones nacionales controvertidas, caracterizado por una escalada de atropellos constitucionales. Un año en el que triunfa el proyecto autoritario de represión y control policial-militar que culminaría en el golpe de Estado de 1973. Eran los inicios de una década siniestra en el Uruguay, marcada por el terrorismo de Estado. Persecuciones políticas, arrestos ilegales, prisiones ilegítimas, torturas, secuestros y desapariciones forzadas fueron justificadas bajo el pretexto de la “lucha contra la subversión”. Se supo que muchos de esos secuestros y arrestos tuvieron lugar en la Casa del Águila. También llamada Villa Justina, como puede leerse aún hoy en el deteriorado pórtico de la fachada. Lo cierto es que la casona había sido edificada un siglo atrás como cuartel militar, curiosamente – o no – durante otro régimen de facto anterior, conocido como el militarismo, entre 1875 y 1890, período en el cual el Uruguay fue gobernado por militares que afianzaron su poder en el ejército.

¿Acaso los gritos del águila, que los vecinos escuchaban, eran

en realidad de los torturados? En esta hipótesis – por cierto, probable – se eliminaría cualquier conjetura alucinatoria, sobrenatural o fantasmagórica. Sin embargo, aún cuando superados los gobiernos de facto, los alaridos aparentan no haberse silenciado. Pues “la destrucción de los seres no significa que se hayan ido a otra parte. Están allí, realmente están allí” (Didi-Huberman, 2014, p. 60). Los ecos velados del suplicio y el martirio parecen perpetuarse década tras década. De alguna forma, metafórica o no, los muertos continúan gritando. Como decía Walter Benjamin (2008, p. 40), sucede que “tampoco los muertos estarán a salvo del enemigo si éste vence. Y este enemigo no ha cesado de vencer”.

El fenómeno del águila de piedra y cemento, que de modo inesperado e incomprensible cobra vida, no deja de ser una narrativa fantástica, torpe, inconsistente. Pero es precisamente por medio de ese tipo de configuraciones alegóricas, irracionales y toscas, que el subconsciente se expresa. Cuando la verdad es inaceptable, se convierte en trauma, se desplaza de la esfera consciente a la inconsciente; y toda sociedad, así como cada individuo, tiene sus formas específicas de generar las metáforas que revelan sus traumas. Cualquier similitud de esta águila que asusta con el “ángel de la historia” descrito por Benjamin, no es pura coincidencia. El ángel, que el autor describía en las Tesis para el concepto de historia, inspirado en el cuadro *Angelus Novus* de Paul Klee. Un ángel que, con las alas extendidas y los ojos estupefactos, clava su mirada en el cúmulo de atrocidades del pasado. “En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve como una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar” (Benjamin, 2008, p. 44).

Conozco el espíritu del pueblo uruguayo, sobre todo el ánimo del montevideano, acostumbrado a la represión, amoldado al conformismo, habituado a la resignación. Puedo imaginar a los habitantes

de aquel barrio común y corriente, de clase media y trabajadora, circulando taciturnos y callados por las aceras que rodean Villa Justina, mientras los alaridos ineludibles de los torturados quebraban el aire. Disimulando el pánico con la cabeza gacha, con el abatimiento de quien asume el tormento como rutina y como hábito la opresión. Una nación que falsamente se percibe a sí misma como tranquila y pacífica, pues el “aquí no pasa nada” ha sido la ilusión más exitosa de la propaganda oficial. Pero todo silencio cómplice tiene su precio en la historia. Durante el transcurso impasible del tiempo, el espanto inefable de un pueblo condescendiente con el flagelo se ha encarnado en una bestia alada. Así como lo explica Giorgio Agamben (2007, p. 90), “mientras en la fábula el hombre enmudece, los animales salen de la pura lengua de la naturaleza y hablan. Mediante la confusión temporaria de las dos esferas, la fábula hace prevalecer el mundo de la boca abierta”.

Se asume que la palabra trauma proviene etimológicamente del griego *trauma* que significa herida, no obstante, en cuanto lesión psíquica, su parentesco en el léxico freudiano con el término alemán *traum*, que significa sueño, es innegable. “Soñar significa fantasear para evitar la confrontación con lo real” (Zizek, 2008, p. 66). El inconsciente es el lugar donde habitan los temores y deseos que el psiquismo consciente se resiste a admitir. “Otra de las lecciones del psicoanálisis en este ámbito es que, en contra de la noción de que la curiosidad es ingénita, innata, en los humanos [...], la actitud espontánea del ser humano es ‘no quiero saberlo’. El deseo fundamental es el deseo de no saber demasiado” (Zizek, 2006, p. 151). La actitud espontánea del psiquismo, ante una situación amenazante, es mantener al yo consciente en la inercia de una ignorancia ilusoria y protectora.

En el inconsciente el pasado nunca queda atrás. La expresión imágenes del recuerdo evoca la idea de un panorama pretérito dis-

tante, vago y difuso. Sin embargo, esta reputación es injusta, pues el paisaje verdaderamente confuso es el del presente. La atención en el ahora es minada por los temores reprimidos que se proyectan fenoménicamente en configuraciones sensoriales. Es en lo inmediato donde los fantasmas del inconsciente cobran vida, contaminando el entorno más cotidiano y previsible con las secuelas de lo que pasó, y con el temor de lo que pueda volver a suceder. Aún cuando la conciencia parezca concentrarse inofensivamente en la captación inmediata del entorno presente, las imágenes de la memoria resucitan como espectros deformados, como aves de rapiña sobrevolando en círculos el foco vulnerable de los sentidos; invocadas en diálogos inconscientes, exorcizadas como espectros fantasmales que cobran vida en los objetos más inermes y próximos. “Cuando nos hacemos conscientes de algo podemos olvidarlo, de forma tal que no llegue a inscribirse en la memoria y continúe rondándonos” (Zizek, 2006, p. 161).

No es posible olvidar lo que nunca se vio... Los torturadores ya no están en la Casa del Águila, pero la tortura todavía la habita. Sus víctimas, como diría Benjamin, siguen clamando por su redención histórica. “También a nosotros, entonces, como a toda otra generación, nos ha sido conferida una débil fuerza mesiánica a la que el pasado tiene derecho de dirigir sus reclamos” (Benjamin, 2008, p. 37). De alguna forma misteriosa, en la medida que el pasado continúe siendo negado, los ecos del suplicio persistirán propagando el tormento.

Lo cierto es que, aún hoy, apenas algún niño incauto tal vez se atreva a ingresar a la casona, atravesando los huecos estrechos que asoman entre las chapas y tablones de madera que mal cubren las ventanas de su sótano sombrío. “Pero el hijo de ella [una vecina del barrio] se coló una vez y cuando salió dijo que ahí había cadenas en las paredes y armas viejas y, parece, también huesos”, cuenta Ganduglia (2016, p. 146). Otros tantos nunca se animaron a entrar. “En mi niñez escuché una infinidad de terribles historias referidas a esta



Figura 2. La Casa del Águila, de Álvaro Amengual, 18 x 25 cm, 2003. Disponible en: http://alvaroamengual.blogspot.com/2013/05/la-casa-del-aguila-o-el-recuerdo-de-lo_8.html. Acceso en: 20 mar. 2024.

casa”, cuenta el artista visual Álvaro Amengual (2013), quien nació en el barrio y describe cómo convivían, él y sus amigos, con la presencia intimidante de aquel predio petrificado en el horror del relato.

En lo personal la casa del águila siempre ejerció un sentimiento contradictorio de atracción y rechazo. Atracción por su difusa historia y desconocido interior, y rechazo por el tenebroso aspecto de su arquitectura y también, tal vez, por miedo a que lo que de ella se hablaba fuera cierto. En el año 2003, vaya a saber por qué, la casa del águila volvió a mi mente, comencé a realizar una serie de pequeñas acuarelas que servirían, a modo de estudios, para un trabajo más ambicioso en el cual intentaría materializar en imágenes lo que nunca vi y siempre me obsesionó: el interior de la casa (Amengual, 2013).

Amengual nunca conoció el interior de la casa, pero lo soñó. Aquello que no tuvo el coraje de mirar con sus propios ojos consiguió describirlo en su imaginación. El recuerdo de lo nunca visto fue definido con precisión a través de trazos, contornos y colores en sus acuarelas (Figuras 2, 3, 4 y 5).



Figura 3. *El velo de la luz*, de la serie: La Casa del Águila, de Álvaro Amengual. cuarela, 13 x 17 cm, 2003. Disponible en: http://alvaroamengual.blogspot.com/2013/05/la-casa-del-aguila-o-el-recuerdo-de-lo_8.html. Acceso en: 20 mar. 2024.



Figura 4. *La habitación inundada*, de la serie: *La Casa del Águila*, de Álvaro Amengual. Acuarela, 15 x 22 cm, 2003. Disponible en: http://alvaroamengual.blogspot.com/2013/05/la-casa-del-aguila-o-el-recuerdo-de-lo_8.html. Acceso en: 20 mar. 2024.

A través de una expresión estética parece posible vivenciar los momentos que resultaron intolerables para la conciencia. Los lenguajes del arte permiten rescatar los fragmentos de vida denegados a la experiencia. Aseguraba Friedrich Nietzsche (1990, p. 72) que “como fenómeno estético la existencia nos resulta siempre soportable, y en virtud del arte nos han sido dados los ojos, las manos y, sobre todo, la



Figura 5. *La pared de las fotografías*, de la serie: *La Casa del Águila*, de Álvaro Amengual. Acuarela, 13 x 19 cm, 2003. Disponible en: http://alvaroamengual.blogspot.com/2013/05/la-casa-del-aguila-o-el-recuerdo-de-lo_8.html. Acceso en: 20 mar. 2024.

buena conciencia para poder transformarnos en semejante fenómeno”. Los lenguajes del arte son capaces de preservar las incongruencias fenoménicas de lo percibido. No pretenden abordar los acontecimientos en su totalidad, ni agotar sus posibilidades de interpretación, por el contrario, procuran mantener inalterados sus enigmas y misterios tal cual fueron experimentados.

Algunos acontecimientos solamente consiguen ser digeridos como sueños y, por lo tanto, pasibles de ser expresados, tal como lo preconizaban los surrealistas, por medio de un lenguaje lo suficientemente próximo al lenguaje onírico, o sea, a través del arte. “No es cierto que los sueños son para aquellos que no pueden soportar la realidad; por el contrario, la realidad es para aquellos que no pueden soportar (lo real que se anuncia en) sus sueños” (Zizek, 2008, p. 65). El arte no es una ficción, es un lenguaje que nos acerca a lo real profundo, que permite captar y transmitir fielmente, no los hechos, sino el modo en que éstos afectan la subjetividad. Los dibujos y acuarelas de Álvaro Amengual no describen ni representan las habitaciones de la Casa del Águila, sino los compartimientos del miedo que, desde la infancia, permanecieron intactos.



Figura 6. Foto de la estatua del águila, parte superior de la fachada principal de la Casa del Águila. Fuente: Álvaro Amengual, 2013. Disponible en: http://alvaroamengual.blogspot.com/2013/05/la-casa-del-aguila-o-el-recuerdo-de-lo_8.html. Acceso en: 20 mar. 2024.

Como imagen arquetípica, cargada de significados y vigente en la conciencia de la historia, esta majestuosa ave de rapiña define su propio destino (Figura 6). El águila, símbolo utilizado como emblema de las legiones romanas, representó el poderío militar de imperios y de ejércitos. “El águila naturalista por excelencia es el águila de Júpiter, el primero y más poderoso dios de la antigüedad pagano-romana [...] El águila, reina de las aves del cielo [...] fue insignia militar de los pueblos antiguos” (Casamayor, 2006, p. 290). Introducida por Napoleón Bonaparte en las astas de las banderas y estandartes de sus ejércitos, era un emblema que pretendía representar la grandeza de un imperio, de un reino o de un estado. Derivada del águila romana, la *Reichsadler* – en español el águila imperial –, combinada con la *svástica* formaba parte de las fachadas de los edificios del *Tercer Reich*, en Alemania, y también estaba presente en los desfiles del partido nazi.

Sobre la cornisa del pórtico de Villa Justina, un águila pétrea desafía al olvido, desplegando sus alas a cielo abierto, erguida en lo alto de la enorme casona abandonada al letargo del descuido. Resistiendo majestuosa, por más de un siglo, la amnesia del infortunio y el lento declive de los muros corroídos que todavía la sustentan. Si bien, esta águila que hasta hoy continúa atemorizando a la vecindad y dando que hablar sobre los pasados regímenes de opresión, no ha sido la única que, por testimoniar un tremendo documento de barbarie, ha generado polémicas en todo el país.

En el año de 2006, en las costas uruguayas del Río de la Plata, se rescata una “imponente águila [de bronce] con las alas desplegadas y una esvástica entre sus garras, de 2,8 metros de largo por dos de alto y 350 kilos de peso” (Deutsche-Welle, 2023). Dicho colosal emblema resultó ser el mascarón de proa del Admiral Graf Spee, un buque de guerra nazi que buscó refugio en el puerto de Montevideo tras ser seriamente damnificado por cruceros británicos, durante una

batalla naval en el Río de la Plata, en 1939. El propio capitán, Langsdorff, ante las amenazas de los británicos, optó por no esperar la ejecución de las reparaciones y decidió hundir el barco que estaba atracado en el puerto de Montevideo. Dos días después, encuentran a Langsdorff muerto en una habitación de la jefatura de los talleres navales del puerto de Buenos Aires, vestido con su mejor uniforme y envuelto con la bandera de combate de la marina nazi. Se había suicidado de un disparo.

La colosal águila de bronce del Graf Spee, luego de ser rescatada de las aguas del estuario, había quedado más de una década bajo custodia de la Armada Nacional. Había sido guardada en un depósito hasta que, en el año 2022, tras un fallo judicial internacional finalmente se reconociera al hallazgo como propiedad del Estado uruguayo y, por lo tanto, su permanencia en el territorio. Un año después, en 2023, el presidente del país manifestó públicamente su intención de someter la reliquia nazi a un proceso de fundición para convertirlo en una paloma. De modo que, este símbolo de guerra, “sufra una transformación virtuosa en un símbolo de paz y unión como es una paloma” - explicó el presidente en su momento (Perfil, 2023). Y encomendó la metamorfosis a un reconocido escultor uruguayo que aceptó honrado la propuesta. Como si un artista fuese una especie de demiurgo capaz de cambiar la historia...

Las opiniones en contra de esta propuesta – que finalmente quedó sin efecto – no se hicieron esperar. “Esto es un desatino antihistórico, por no decir un disparate [...] ¡Miren si México convierte sus piedras de sacrificio Aztecas en mesas para Camping!” (Perfil, 2023) – alertó un historiador. “¿Se imaginan a Auschwitz convertido en campo nudista? ¿A las gárgolas de Notre Dame en personajes de Walt Disney?” (Perfil, 2023) – gritó un político. “Transformar un pájaro

no transforma a la humanidad, la disimula. Y borrar la simbología del horror, alienta al horror. Águila fue. Que águila quede” (Perfil, 2023) – protestó un escritor.

Y el águila permaneció águila... como un símbolo del odio, como un gritante documento de barbarie (Benjamin, 2008). El proyecto de transformar el águila nazi en una inocente paloma de la paz fue tan duramente criticado, tanto por intelectuales como por la opinión pública en general, que el presidente desistió de sus planes. Sucede que “la cultura no es la cereza del pastel de la historia: es todavía y en todo caso un lugar de conflictos donde la historia misma cobra forma y visibilidad en el corazón mismo de las decisiones y los actos, no importa cuán bárbaros o primitivos sean” (Didi-Huberman, 2014, p. 20). Silenciar memorias inconvenientes hubiese significado otro acto de barbarie. Transformar el águila de guerra en paloma de paz, hubiese exhibido impunemente la ostentación de ese derecho que a menudo se atribuyen las autoridades de turno – los vencedores, diría Benjamin –, el derecho a narrar y a resignificar la historia desde su diletante noción de progreso, desde su optimismo sin conciencia. Para evitarlo, “en cada época es preciso hacer nuevamente el intento de arrancar la tradición de manos del conformismo” (Benjamin, 2008, p. 40). Después de todo, el águila no está allí para ser vista, sino para ser atravesada por la mirada. El problema no es su figura sino su trasfondo. Es como si su plumaje fuese apenas la cáscara de la historia.

Hay veces que pienso que es posible conservar memorias genuinas acerca de lo que sucedió en aquella casona, llamada Villa Justina, únicamente debido al estado en el que se encuentra hoy en día: deteriorada, oscura, tapiada, abandonada. Reconocible únicamente para quienes frecuentan el barrio y perpetúan sus anécdotas en la tradición legítima de la oralidad, sin la contaminación de las narrativas

oficiales, las reconstrucciones institucionales, ni de cualquier tentativa historiográfica de explicación. Pues sólo en forma de ruinas las memorias se mantienen intactas. “Mirar las cosas desde un punto de vista arqueológico es comparar lo que vemos en el presente, lo que sobrevivió, con lo que sabemos que ha desaparecido” (Didi-Huberman, 2014, p. 38). Entre los escombros que nadie se atreve a pisar, la arqueología del recuerdo aún puede excavar con entusiasmo en busca de los vestigios de un pasado oculto, negado u olvidado. En el siniestro territorio de aquella edificación corrompida, sucia y descuidada, todavía pueden brillar escondidos los tesoros del miedo y la sorpresa. “Hay que saber mirar como mira un arqueólogo. Y es a través de una mirada semejante – una interrogación tal – sobre aquello que vemos que las cosas comienzan a mirarnos desde sus espacios sepultados y sus tiempos idos” (Didi-Huberman, 2014, p. 59).

El día en que la casona del águila sea convertida en un museo o, como se expresa en el léxico más contemporáneo, en un lugar de memoria. Con una fachada pintada, clara, pulcra, pulida y reconstruida, con sus jardines iluminados, con carteles en el portón de entrada que prolijamente anuncien los días y horarios habilitados para visitas. Poseedora de un nombre, tal vez La Casa del Águila, que la distinga como patrimonio de la ciudad y la coloque en el circuito montevideano de museos. Plagada de posters y paneles interactivos donde el público pueda tener la ocasión de reproducir virtualmente algunos de los antiguos procedimientos de tortura y de conocer con precisión cuando fue construida, ocupada, militarizada y finalmente donada a la Comisión Nacional Honoraria de Sitios de Memoria. Poseedora de un catálogo impreso, educativo, turístico, ilustrativo sobre sus diferentes épocas, momentos, sobre los años en que fue destinada a centro de detención clandestina, con testimonios y entrevistas que den cuenta, detalladamente, de su pasado. El día en que el silbido del águila

sea un simple efecto de sonido que, emitido a través de adecuados dispositivos de audio, reproduzca para los espectadores curiosos el chillido irritante con el que la estatua aterraba, en otros tiempos, a la vecindad. Ese día las memorias de la casa del águila habrán muerto. Y el águila, como el búho de Minerva en el crepúsculo, habrá levantado vuelo para no regresar jamás. La estatua del águila tal vez se conserve, reluciente, lustrada, bruñida, laqueada, pero el alma del águila ya no estará... Habrá huido encandilada y molesta por causa del brillo del pulido al que sometieron sus alas, o por culpa de los focos luminosos del jardín que arruinaron la magia de las tormentas. Y ningún vecino, nunca más, volverá a sentir miedo y, probablemente por eso mismo, tampoco tenga más nada que decir.

El verdadero conocimiento es intempestivo, pues sólo es posible comprender íntegramente los acontecimientos cuando ya pasaron. El saber es aquello que siempre se gesta a destiempo, a contramano del presente. “Al decir, aún, una palabra acerca de la teoría de cómo debe ser el mundo, la filosofía, por lo demás, llega siempre demasiado tarde” (Hegel, 1968, p. 36). Cuando el conocimiento cabal de todo lo que realmente pasó en Villa Justina salga finalmente a la luz, entonces, el grito del águila ya no será necesario, será simplemente cosa del pasado. Será apenas una superstición irracional superada por la lógica de las explicaciones que, irremediablemente, habrán destruido su áurea enigmática.

Para preservar un misterio es imprescindible acostumbrarse a convivir con él, con lo insondable. Pues desvelar un misterio no es otra cosa que aniquilarlo. Finalmente, este texto no pretende ser otra cosa que un manifiesto artístico a favor de las ruinas y de las casas embrujadas. Una proclama poética para preservar el enigma de lo que todavía no ha sido visto entre los muros agrietados del derrumbe.

La experiencia de las obras de arte es amenazada incesantemente por el carácter enigmático. Si éste ha desaparecido por completo en la experiencia, si la experiencia cree haber captado por completo la cosa, el enigma vuelve a abrir de repente los ojos; aquí se mantiene la seriedad de las obras de arte (Adorno, 2004, p. 216).

Preservar el carácter enigmático es preservar el arte y, en cierta forma, también la historia. Pues sólo en las fibras enmarañadas de lo desconocido será posible todavía “cepillar la historia a contrapelo” (Benjamin, 2008, p. 43).

REFERÊNCIAS

ADORNO, Theodor. **Teoría estética**. Madrid: Ediciones Akal, 2004.

AGAMBEN, Giorgio. **Infancia e historia**. Destrucción de la experiencia y origen de la historia. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2007.

AMENGUAL, Álvaro. La Casa del Águila o el recuerdo de lo nunca visto. **Álvaro Amengual**. Dibujos, pinturas y otros anacronismos, 2013. Disponible en: <<http://alvaroamengual.blogspot.com/2013/05/la-casa-del-aguila-o-el-recuerdo-de-lo.html>>. Acceso en: 13 mar. 2024.

BENJAMIN, Walter. **Tesis sobre la historia y otros fragmentos**. México, D.F.: Itaca - Universidad Autónoma de la Ciudad de México, 2008.

CASAMAYOR, Manuel Monreal. De sermone heráldico: el águila. **Emblemata. Revista Aragonesa de Emblemática**, Aragón, n. 12, p. 289-329, 2006. Disponible en: <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/26/47/ebook2682.pdf>. Acceso en: 22 mar. 2024.

DEUTSCHE-WELLE. Uruguay convertirá águila nazi en un "símbolo de la paz". **Deutsche Welle Historia**, 2023. Disponible en: <<https://www.dw.com/es/uruguay-convertirá-águila-nazi-en-un-símbolo-de-la-paz/a-65946336>>. Acceso en: 22 mar. 2024.

DIDI-HUBERMAN, Georges. **Cortezas**. Santander: Shangrilá Ediciones, 2014.

GANDUGLIA, Néstor. **Historias de Montevideo Mágico**. Montevideo: Editorial Planeta, 2016.

HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich. **Filosofía del derecho**. Buenos Aires: Editorial Claridad, 1968.

NIETZSCHE, Friedrich. **La ciencia jovial**. "La gaya scienza". Caracas: Monte Ávila Editores, 1990.

PERFIL. La polémica por la transformación del águila nazi del Graf Spee en una "paloma de la paz". **Perfil Noticias**, 2023. Disponible en: <<https://www.perfil.com/noticias/noticias/la-polemica-por-la-transformacion-del-aguila-del-graf-spee.phtml>>. Acceso en: 26 mar. 2024.

ZIZEK, S. **Órganos sin Cuerpo**. Sobre Deleuze y sus consecuencias. Valencia: Pre-Textos, 2006.

ZIZEK, S. **Cómo leer a Lacan**. Buenos Aires: Paidós, 2008.